

Formada Rayón

SEGUNDA
CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. Y RMO. SR.

ALICENCIADO D. JOSÉ M.^A ARMAS,

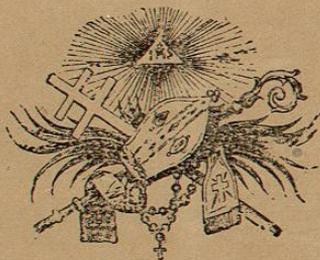
TERCER OBISPO DE TULANCINGO,

EXPEDIDA

CON MOTIVO DEL
CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA

POR EL INMORTAL

CRISTÓBAL COLÓN.



BX874
.A7
S4
C.1

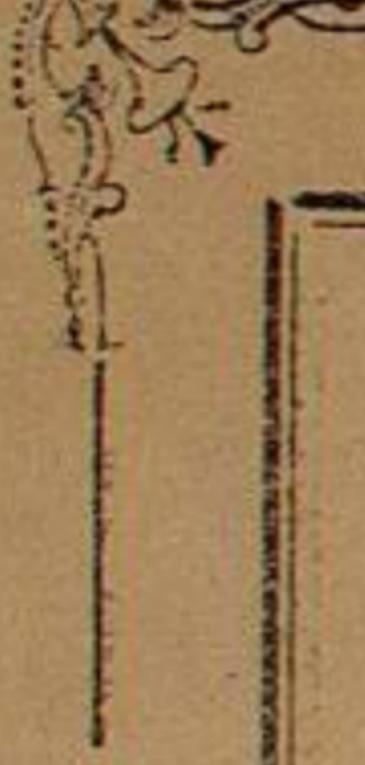
TULANCINGO.

EN LA IGLESIA CATHÓLICA.— 3.^a DE SAN JOSÉ Y 3.^a DE ITURBIDE.

1892.

Mo. G. y V. Cabildo. = Leon.

827



BX874
.A7
S4
C.1

8827

0



1080027564

SEGUNDA
CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. Y RMO. SR.

ACACIENCIADO D. JOSÉ M.^A ARMAS,

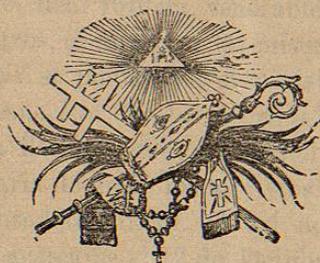
TERCER OBISPO DE TULANCINGO,

EXPEDIDA

CON MOTIVO DEL
CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA

POR EL INMORTAL

CRISTÓBAL COLÓN.



TULANCINGO.

IMPRESA CATÓLICA.— 3^a DE SAN JOSÉ Y 3^a DE ITURBIDE

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

41029

NOS EL LICENCIADO D. JOSÉ MARIA ARMAS,
POR LA MISERICORDIA DE DIOS NUESTRO
SEÑOR Y GRACIA DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, TERCER OBISPO DE TULAN-
CINGO:

A NUESTRO M. I. Sr. ARCEDIANO Y V. CABILDO, AL VENE-
RABLE CLERO SECULAR Y REGULAR Y A LOS FIELES
TODOS DE LA DIOCESIS: SALUD Y PAZ EN NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO.

Hec est dies, quam fecit Dominus....
PSALM. CXVII. v. 24.

Así cantaba el Real Profeta, venerables hermanos y a-
mados hijos nuestros, al anunciar las misericordias que el
Señor dispensaría á su pueblo por el ministerio auguste de
Nuestro Señor Jesucristo, Mesías prometido, quien con su
muerte y gloriosa Resurrección, pondría el sello á la gran-
de obra que borraría de golpe los agravios inferidos por el
pecado á la doliente humanidad. Y así nosotros, amados
hijos nuestros, al acercarse el 12 de Octubre en que cele-
bramos el cuarto centenario que conmemora el descubri-
miento de la América por el inmortal Cristóbal Colón, á
contar desde aquel día en que pudo anunciar á la vieja Eu-
ropa, desde la Isla de Guanahani, la existencia de un Mun-
do desconocido; nos levantaremos como un sólo hombre los
hijos de esa América para saludar al Señor que en su cari-
dad y en sus grandes misericordias, hizo llegar el día en
que diéramos principio nuestra regeneración social, por medio de
la Cruz, lábaro precioso que el insigne genovés implantára

003327



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

desde luego en la fértil tierra descubierta; y en ese día, de eterna recordación, al bendecir á Dios, podremos también cantar con el Profeta: *Hæc est dies, quam fecit Dominus: exultemus et lætémur in ea.*

Algunos centenares de años habían trascurrido desde que los Apóstoles, cumpliéndolo con la misión que recibieron de su Divino Maestro, de enseñar á todas las naciones para levantarlas de la postración en que las tenía sumidas el fiero paganismo, implantando en todas ellas la civilización cristiana; por juicios inescrutables de Aquél que á su sola voluntad sacó las cosas de la nada, los pueblos de la América, sin embargo, permanecían ignorados, y sin disfrutar los inmensos beneficios de la Redención. Pero sonó la hora del Señor, y valiéndose, como siempre, de débiles medios para llevar al más alto grado las obras de su amor, fijó sus purísimos ojos en un humilde genovés, inspirándole el gran pensamiento de que más allá de las encrespadas olas de los mares, terror de los navegantes, y que ningún mortal se había atrevido á surcar, se encontraba un *Nuevo Mundo*; y esa idea que germinaba sin cesar en su clara inteligencia, y abrazaba con el corazón, hizo se dedicara constantemente y con verdadero ahinco, ya á las tareas generales de navegación, ya á los serios estudios cosmográficos, que lo confirmaban cada día en su propósito de que más allá de los mares conocidos, no podía seguir el infinito. El, con la confianza en Dios, y como iluminado por la fé, perseguía su ideal á todas horas; él miraba como una realidad, allá en su imaginación, la existencia de sus antípodas, que viviendo en la barbarie, podían ser más tarde iluminados por la luz del Evangelio. Pero le faltaban elementos; y para empresa tan árdua, necesitaba alta y franca protección. ¿Lo creerían? tendría acogida su gigantesco proyecto? He aquí el punto capital, la dificultad suprema.

Nádie medianamente versado en la Historia, ignora ya cuántos fuéron los sinsabores, cuántos los sacrificios y decepciones porque tuvo de pasar el grande hombre, que ofrecía á los potentados de la tierra un *Mundo* desconocido. Rechazado en Génova, su patria; rechazado en Venecia y otros puntos como á visionario y loco, parecían gastarse su celo y su actividad; y en verdad que hombres ménos esfor-

zados y de poca fé, habrían desistido de empresa semejante. Se riéron los sábios, y lo relegaron al desprecio. ¿Qué hacer? Vagaba como al acaso; pero Dios, en realidad, dirigía sus pasos; y cuando todo le faltaba, humanamente hablando, lo tenéis como sin saberlo, y como sin quererlo, llamando á la humilde puerta del convento de Santa María de la Rábida, en cuya barca santa colocó su ideal para ponerlo á salvo del naufragio que lo amenazaba. Y lo salvó... y aquellos humildes religiosos que con los brazos abiertos diéron hospitalidad al afligido Colón, pudieron leer en su agitada frente la importancia toda del pensamiento concebido; pensamiento grandioso que germinó potente al abrigo de los sagrados muros, para jamás perecer. El hombre estaba muerto moralmente; y si al marino experimentado, cuyo arrojo lo llevara á las avanzadas islas de la costa Africana, á las costas de Guinéa y hasta la embocadura del Rio del Oro, no le amedrentó la imponente majestad del Océano, se sentía débil, como un niño, al considerar que había naufragado en tierra... Llegó á la Rábida bien preocupado y con el natural temor de sus anteriores decepciones, y ya se comprenderá cuál fué el gozo que vino á su corazón al encontrarse al lado de un hombre que pudo adivinar todo su pensamiento. ¿Lo véis ya tranquilo sobre el tejado del convento, único observatorio, siguiendo el curso armonioso de los astros, siempre en fraternal abrazo con el sábio astrónomo Marchena? Lo véis por el día, siempre con su amigo, observar las altas y bajas de las espumosas olas del Océano, que parecían perderse en el infinito, y exclamar en su entusiasmo: ¡Sí, sí; hay algo más allá; y ese más allá lo perseguiré con la ayuda de Dios, y abrazado de la cruz!

Y en verdad, venerables sacerdotes y amados hijos nuestros, que solo así puede concebirse tanta abnegación y fuerza tanta de voluntad en un hombre perseguido por la adversidad, humillado hasta el fastidio, y de tal suerte, que el mismo pan que lo alimentaba, no era otro que el pan de la caridad. ¿Y es ése el hombre, me diréis, que se propuso llevar á cabo la más grande, la más importante de las empresas que inmortalizaría su génio? Sí, no hay que dudarlo; ése fué el hombre, el hombre de fé, de grande y recto corazón; pudiendo decirse de él lo que Jesucristo dijo ha-

blando del Centurión: "*Non inveni tantam fidem in Israel ... Vade, et sicut credidisti, fiat tibi.* Y Dios lo condujo como de la mano hasta los Reyes Católicos; y si bien quiso aún el Señor poner á prueba la resignación y la fe de aquel hombre extraordinario, por las nuevas dificultades con que tropezó en la Corte, llegó al fin el día en que los mismos Reyes Católicos prestáran todo su apoyo al insigne navegante, recibiendo por premio de su noble acción. antes de tres meses, la nueva bien plausible de la existencia de un *Mundo*, que más tarde, y en buena parte, agregarían á su corona, y llevarían hasta sus últimos dominios la luz de la verdad, por el conocimiento de Jesucristo y práctica del Evangelio.

Pero nos distraíamos, venerables hermanos é hijos nuestros, cuando nuestro principal propósito al dirigiros esta nuestra Carta, no debió ser otro que dáros á conocer desde luego el sábio y prudente juicio del Supremo Jerarca de la Iglesia sobre la importancia del acontecimiento á que hemos venido refiriéndonos; pues bien sabeis que la misma Iglesia, representada por su Vicario, Maestra de la verdad, fuente y centro de la civilización, está siempre ahí donde está todo lo grande, todo lo que es sublime, y que redundar puede en bien de la humanidad. El descubrimiento de la América nunca pudo ni puede serle indiferente; y es por esto que cuando pueblos de la Europa y de la América toda se conmueven para celebrar entusiastas el 12 de Octubre próximo, toma en su línea, la parte que le corresponde en el sentido religioso, dando gracias á Dios Nuestro Señor que en sus misericordias se dignó llegara el día en que nuestros pueblos, sumidos por tantos siglos en la idolatría y en la barbárie, viniéran al fin á abrir sus ojos á la luz de la civilización cristiana. Hé aquí, pues, el importante documento á que nos venimos refiriendo:

"Á nuestros venerables hermanos los Arzobispos y Obispos de España, Italia y ambas Américas."

"LEON, PAPA XIII."

"VENERABLES HERMANOS, SALUD Y APOSTÓLICA BENDICIÓN."

"Al terminarse el cuarto siglo de los trascurridos desde que un hombre nacido en la Liguria abordó el primero, bajo los auspicios de Dios, las desconocidas playas trasatlánti-

cas, apréstanse las gentes á celebrar la memoria de tan fausto acontecimiento, y á enaltecer á su autor. Y ciertamente que no es fácil encontrar causa más digna de exitar la admiración en las inteligencias y despertar el entusiasmo en los corazones. Porque hecho de por sí más grande y maravilloso entre los hechos humanos, no lo vió edad ninguna; y con quien lo llevó á cabo, en grandeza de alma y de ingenio, pocos entre los nacidos pueden compararse. Por obra suya, del seno del inexplorado Océano, surgió un Nuevo Mundo; inmensa multitud de criaturas volviéron desde las tinieblas y el olvido en que yacían, á formar parte de la sociedad humana, trocando la ferocidad del salvaje por la suavidad de costumbres y la civilización; y logrando, beneficio incomparablemente mayor, pasar, por medio de la comunicación de aquellos bienes sobrenaturales que Jesucristo dejó establecidos, desde los caminos de la perdición á las esperanzas de la vida eterna. Europa, entónces atónita ante la novedad y maravilla de aquel acontecimiento inesperado, llegó sólo á conocer lo que debía á su autor cuando, colonizadas las Américas, establecidas incesantes comunicaciones, relaciones recíprocas y mútuos cambios marítimos, el conocimiento de las ciencias de la naturaleza y la común riqueza y abundancia, adquiriéron un increíble aumento, creciendo poderosamente á la par la autoridad y el prestigio del nombre europeo.

"No podía por lo tanto, en esta múltiple diversidad de honrosas manifestaciones y en este grato concierto de voluntades, permanecer silenciosa sólo la Iglesia, que, por costumbre y por ley, aprueba siempre de buen grado todo lo que es honesto y laudable, y se esfuerza en protegerlo y fomentarlo. Reserva ésta, en verdad, los supremos honores á aquel orden de virtudes morales heroicas que se refieren directamente á la salvación eterna de las almas; pero no por eso desdeña ni tiene en poco las que son de otro orden, antes bien, acostumbró y se mostró siempre dispuesta á favorecer y á honrar á hombres que han merecido bien de la sociedad civil y han legado á la posteridad un nombre glorioso. Ciertamente que *Dios es admirable*, principalmente en sus *santos*; pero las huellas de la virtud divina aparecen también impresas en aquellos en quienes resplandece la luz del genio, el rigor y la elevación del alma, porque estas dotes ex-